

LA NOCHE.

A Ezequiel Ordó ez.

Un astrónomo viejo, en Buenavista
de tanta observación perdió la vista.
Noche obscura así fué su único fruto;
y lloroso y de luto,
dió en contemplar, en su ceguera eterna,
los sistemas solares
gravitando á millares
en un espacio vil: una caverna.

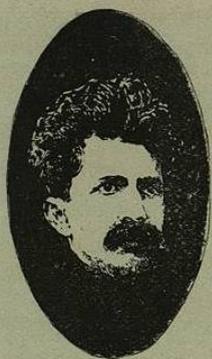


Fernando, Enrique y Alejandro Valenzuela.

A MI HIJO ENRIQUE.

Tienes los ojos grandes,
grandes, muy grandes,
como el sol que se alza sobre los Andes,
y el corazón tan bueno, pero tan bueno,
que yo con sus bondades el mundo lleno.

Al mirarte tan bello, fuerte y tranquilo,
en las inundaciones, pienso, del Nilo;
y envolviendo mi espíritu en una clámide,
hijo, á mis ojos, eres una pirámide.



A SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Eres cumbre altanera
de las montañas
que en América erígense como senos;
y así salta tu musa, salta hacia fuera
de la piscina estrigia en que la bañas
en los prados amenos,
como la lava
en las cimas serenas, blancas y puras
de todas las andinas, altas alturas
Y es la naturaleza, vate, tu esclava.

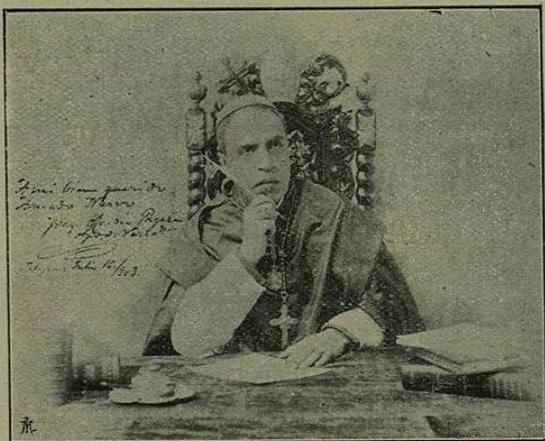
Tú eres un poeta
fuerte y robusto,

fragante, sin modestia (la violeta).
Para erigirte un busto
mi alma inquieta,
con embarazo,
busca cómo pudiera hacerlo del Chimborazo.

Y se mira tu alma, alma de niño,
en tu cuerpo flexible de Alcibiades;
un león que se viste como de armiño
ó con piel del lagarto de las edades.

Pero así como eres, así te quiero
y en mis oscuras horas de soledades
eres, todas las noches, mi gran lucero!





EN LA REFORMA.

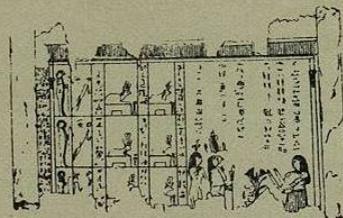
Para el Ilmo. Sr. D. Joaquín Arcadio Pagaza.

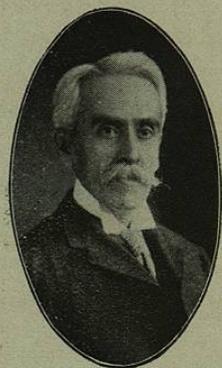
Ayer te vi gentil por la calzada
entre la inmensa multitud que yerra,
como una bella ánfora tallada
en el mármol más puro de la tierra.

Y luego, á un ciego que cruzó el arroyo,
darle con mimo tu enjoyada mano,
y así en tu diestra, inesperado apoyo,
las lágrimas caer del pobre anciano.

Un punto suspendi mi errante marcha;
vi el llanto en la valiosa pedrería,
al viejo coronado por la escarcha,
tu cabellera espléndida y sombría. . . .

Y ya solo, en mi estancia silenciosa,
miraba tu figura ante mis ojos,
y la del ciego, trémula, llorosa,
y lloré yo también, lloré de hinojos.





CREPÚSCULO.

A Miguel Escalona.

El sol bañando los tranquilos mares
en occidente pálido moría;
entre las verdes palmas seculares
apenas el terral se estremecía.

Al compás de los remos, con ingente
entusiasmo bogando apresurado,
el pescador cantaba dulcemente
sobre el inmenso piélagos salado.

Mezclábanse á sus bellas barcarolas
de la tarde los últimos ruidos,
y al rumor cadencioso de las olas
contestaban las aves en sus nidos.

La luna en el zafir tenue flotaba
como borrado disco de diamante,
y con su luz dulcísima besaba
la augusta frente de la noche errante.

Miraba el sol de la alta cordillera
agonizante en la nevada cumbre
cómo la obscura diosa se ciñera
su regio manto con su blanca lumbre.

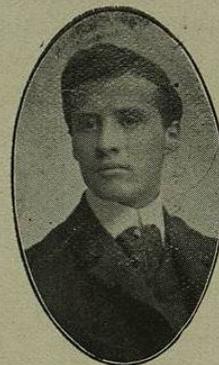
El negro carro de las ruedas de oro
tirado avanza por las horas mudas,
y en torno surgen, murmurando un coro,
las blancas océanidas desnudas.

Á oraciones tocaban á lo lejos
y de llanto nublábanse mis ojos,
de la luz á los últimos reflejos
viendo de un buque los perfiles rojos.

¿A dónde iba el bajel? Hacia la noche,
hacia el cielo, hacia el mar. Todo es lo mismo.
¡Era fantasma que el cerrado broche
del más allá buscaba en el abismo!

Tornó el rojo color pálida rosa
en fondo gris de obscurecido plomo
la noche adelantando presurosa;
viéronse á bordo farolillos, como

luciérnagas pequeñas, y el vetusto
faro lanzó, como con justo duelo,
el adiós de la tierra, adiós agosto,
al solitario de la mar y el cielo.



A HIDALGO.

Para mi hijo José.

Quando el águila caudal
clavó en el sol las pupilas
vivas, bravas y tranquilas,
en alto vuelo triunfal;
y cuando el león real
dió su rugido de guerra,
por la llanura y la sierra
que coronan los volcanes,
como en lucha de titanes
entera tembló la tierra.

Y se agretió como cuando
en las edades pasadas,
hacia el Pedregal lanzadas
fueron las lavas rodando.

Las pasiones por infando
acicate enloquecidas,
como esas lavas prendidas,
del hondo infierno en el seno,
acompañadas del trueno,
pasaron barriendo vidas.

¡Cuánta escoria en ignición
en la catástrofe ignota!
Cuánta! cuánta! cuánta flota
á la voz de insurrección!
Padre Hidalgo! . . . el corazón
en mi pecho juvenil
se plega, botón de Abril
que alcanzó hielo postrero,
y no puede abrirse entero
para gala del pensil.

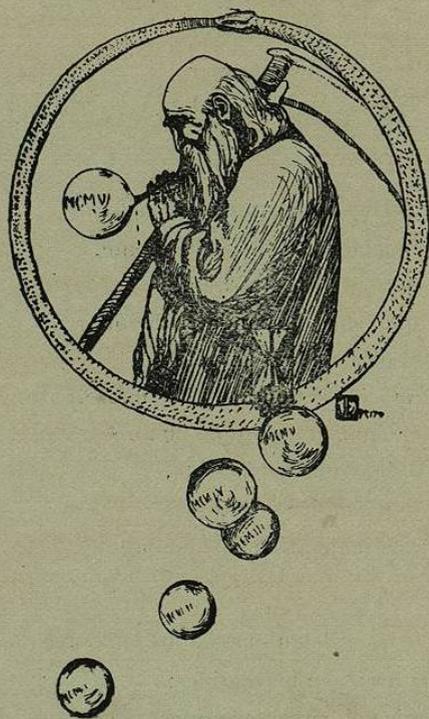
Oh, Padre! . . . pero á tu altar
no con sangrientas memorias
vengo á enrojecer las glorias
que nos supiste legar;
si es verdad que perdonar
es el triunfo más humano,
mira, ¡Padre! al mexicano
y al español sin rencores,
darte su amor y sus flores,
estrechándote la mano.

¿Á dónde el negro furor
de Chihuahua y Granaditas?
¿Dónde las iras malditas
de oprimido y opresor?
Al odio venció el amor,
la justicia á la injusticia,
la honradez á la codicia,
y los émulos de ayer
vienen juntos á traer
la dulce nueva propicia.

Hay mucha luz en el cielo,
mucho aroma en el ambiente,
y salmos en el torrente
que baña y fecunda el suelo;
el celaje como un velo
nupcial se tiende en la cumbre,
el alma en su propia lumbre
arde, como zarza santa,
y te bendice y te canta
esta inmensa muchedumbre . . .

. . . ¡Batan marcha los tambores
y resuenen los clarines;
erice el corcel las crines
del cañón á los fragores;
levanten los trovadores
su canción más lisonjera,

y por la patria Carrera
adonde el rural galopa,
que presente armas la tropa
al desfilarse la bandera!!!



AUREA MEDIOCRITAS.

A Pablo Ochoa.

Subí á la cumbre con segura planta,
bajé al abismo con tranquilo gesto
y hallé dolor en la estación más alta,
y abajo hallé dolor y hallé consuelo.
Arriba la avidez de oro y plata,
abajo la bondad, afán risueño
de trabajo, de amor y de esperanza . . .
y un sitio me busqué entre los pequeños.





REMEMBRANZA

A Ernesto Arzamendi.

Arde
el sol
y de arbol
tiñe la tarde.

Vesper brilla
en el cristal:
un fanal
de aquella orilla.

Diana sube
entre el encaje
del celaje
de una nube;

176

y en el mar
la onda quieta
va copiando la silueta
de mi barca al regresar.

¡Oh, las tardes tropicales!
llenas de música y luz,
de Alvarado y Veracruz.
¡Oh, recuerdos celestiales!



177



A S. M. ALFONSO XIII.

Hablo en pie, Majestad. En ti no admiro
la realeza, no, ni tu abolengo;
más frescas son las flores que yo tengo;
la vida, larga ó corta, es un suspiro.

Más bellas que las tuyas del *Retiro*;
hecho el camino peligroso y luengo,
á derramarlas en tus nupcias vengo,
sobre tu manto, púrpura de Tiro.

Á tu amor á la patria has agregado
la angélica bondad de tu consorte;
á las prendas egregias de tu Estado,

las virtudes exóticas del Norte;
y un esplendor de aurora, sonrosado,
baña las altas cumbres de tu corte.



PUESTA DE SOL.

Está Heine en un sillón
inmóvil por la parálisis,
y medita en el análisis
y en la síntesis también.

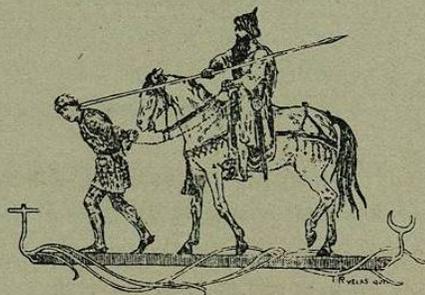
Recuerda de una ocasión
en una aventura erótica
con una niña clorótica
española de Jaén.

De su voz al grato són
quédase el vate dormido
y se ve en el mar perdido
de las olas al vaivén.

Buscando su salvación
brega luchando el poeta

y escucha una voz secreta
que le hace mucho bien.

«Más vale un gran corazón
que un talento cultivado;
¡dichoso si te han amado
y si has amado también!»



¡INGLATERRA!

A José A. Castellón.

Vas en la Historia esplendorosa y larga,
vencido el mar hostil, hostil é indócil,
llevada triunfadora como carga
sobre los hombros de Neptuno dócil.

Has lanzado tu sonda á los abismos
más hondos de la tierra y el espacio,
y en medio de los rudos cataclismos
sólo integro se yergue tu palacio.

El espíritu-aurora de tu tea
trajo á las almas el ansiado día;

con Bacon para el mundo fuiste idea,
con Byron, Wilde y Shakespeare, poesía.

Cuando apagado el sol, la tierra rueda
á las plantas de Dios como epitafio,
y ni un planeta en los espacios quede
ni haya memoria del misterio pafio;

podrá leerse en la difunta tierra,
si hay seres suficientes para asombros,
esta palabra única: Inglaterra!
del planeta servil sobre los hombros.



EL HÉROE MUERTO.

A Manuel Cuevas y Rubio.

Un toque funeral todo lo llena,
el viento presuroso lo transporta;
y un grito de dolor: *la vida es corta*,
en el espacio álzase y atruena,

Corta, muy corta, sí; pero en la arena,
á la lucha el ejemplo nos exhorta,
y el hombre se alza si la Parca corta,
en la Historia magnífica y serena.

Ayer, la aurora limpia de tu cuna;
hoy tu sepulcro que la patria cela;
vencedor del poder y la fortuna

hoy de la fama que en los tiempos vuela;
idolo ayer, sin semejanza alguna,
y en la inmortalidad hoy una estela.



AL GRAL. SÓSTENES ROCHA.

Si Marte un tiempo te miró propicio
y en los revueltos campos de la guerra,
con tus victorias resonó la tierra,
de tu glorioso porvenir indicio;

hoy, proclamado exúbero patricio,
cuando las puertas de su templo cierra
el mismo Jano que la paz destierra,
buscas la gloria bajo nuevo auspicio.

y separando la tupida bruma
por el cruel fanático creada,
la Historia crece la brillante suma

de tus hechos; y guarda, encariñada,
lo que escribe el acero de tu pluma,
lo que escribió la punta de tu espada.



EL TIEMPO.

A Jesús Trillo.

Invisible,
deforme;
impasible,
enorme.

Arrogante,
austero;
dominante,
severo;

y en su regazo, sórdido y profundo,
la muerte devorando como hidra
los seres y las cosas de este mundo....
y la gota cayendo en la clepsidra.